

tiempo de hacer una reverencia: no le importa perder, como no le importó ganar. Está allí a caza de emociones. Cuando gana, tiene el aplomo satisfactorio que trae consigo toda victoria. Si pierde, se hace el cargo de haber comprado a muy alto precio algunas sensaciones que necesitaba. El avaro juega por ganar. El jugador juega por jugar. Acepta el juego bajo las mismas condiciones que a sus amigos, con todos sus defectos, porque en él lucha, cambia, se renueva en un segundo, es ya un paria, luego un potentado. Vive en una hora muchas vidas.

A todo esto, el envidioso, los codos en la mesa, la cabeza entre las manos, sufre y goza. No está a favor de ninguno. Se pone en contra del que gana porque cuanto más dividido esté el capital en circulación, más cerca se hallará él del uno y del otro. Su vida es entonces intensa, intensamente mala; despliega su bajeza como una bandera que clava aquí y allá, en ocasiones vencida, a veces triunfante.

Y a tan maligno ente, que finge una mueca cuando intenta dibujar una sonrisa y llora la desventura de su infinita pequeñez, procurando no dejarse ver sino bajo lentes de aumento, la Iglesia lo mezcla—de modo torpe—con el orgulloso, y los condena a igual castigo, sin querer entender que si la envidia es un crimen, siendo el orgullo la antítesis tiene por fuerza que ser una virtud.

Así como el envidioso vale cero y si lo sacan de la combinación social queda reducido a nada, el orgulloso tiene un valor que fluctúa entre uno y nueve, y es claro que si se halla en el lugar de las decenas, procurará mejorar hasta subir a las centenas y los millares, pero de todas suertes es imposible restarle la propia significación aunque se le aisle.

El orgullo es la virtud que nos ayuda a conservar nuestros ideales, del mismo modo que la pereza nos fortalece al crearlos.

La primera condición que se requiere para ser orgulloso, es haberse elevado sobre el nivel común.

El orgulloso vive solo, nada pide si no se cree con derecho a ello. Podrá tener eclipses como todos los soles, pero jamás tendrá noches, como los parias que viven a la manera de los planetas, recibiendo luz de aquéllos.

El orgullo es el adversario más fuerte de la vanidad.

Para el hombre que lo posee no hay ofensas. En amor, si lo defraudan, perdona. Muéstrase tolerante si lo engañan en el canje de los hombres, mientras el vano humilla o mata, violentando las leyes naturales.

Ahí está, cabalmente, el fundamento del orgullo: en la aceptación total de las leyes naturales.

El orgullo nos enseña a saber que si estamos conformados para brillar en rojo como los rubíes, no podemos despedir nunca el resplandor verdoso de la esmeralda; lo cual no quiere decir que no nos rebullamos hasta dar al rayo solar la arista que más destelle.

El orgullo nos presta la clave de nuestras fuerzas, nos enseña a aquilatar nuestro valor y nos concede fe en los trances supremos.

Para el orgulloso el fracaso no existe, es valiente en la adversidad y cuando el infortunio le viene, hace lo que hacen los bañistas de la playa, quienes al aproximarse la ola se agachan y luego resurgen sin haber sido arrasados. Si en algún intento se frustra, comprende que no estaba conformado para llevarlo a cabo: y se levanta con más fuerza, como Anteo.

Se ha evocado oportunamente un rasgo de don Quijote, el sabio Maestro del vivir alegre. Miradlo. Regresa vencido de Barcelona, caballero en los huesos de Rocinante. A la zaga Sancho, el bonachón, lamenta la muerte de su esperanza de dominio, pero se acaricia el abdomen pensando que muy pronto lo llenará con el puchero que para recibirlo ha de preparar Teresa, tan hacendosa y esmerada. El viejo hidalgo está sordo; no oye. Acaba de clavar la vista en unos pastores que llevan el rebaño al aprisco, allá en el fondo de un vallado. En la